

posible explicación para un episodio de su vida que me sorprendió grandemente al conocerlo: su unión tan duradera con Francisca Sánchez. ¿Qué pudo encontrar el gran vate en aquella pobre aldeana analfabeta, aparte de una juventud y belleza que muchas otras «pretexto de sus rimas» también le ofrecieron y, sin embargo, fueron rápidamente olvidadas? No cabe pensar en que Rubén la tomase por su «princesa», víctima de encantadores, tal como ocurrió a nuestro Alonso Quijano con Dulcinea y la zafia labriega manchega... He podido estudiar el grafismo de esta mujer en los cuadernos en que aprendía a escribir, mezclado con borradores de Rubén. Puedo decir que me ha inspirado respeto. Es una escritura apenas organizada, pero que ya denota una clara inteligencia natural, lógica y deductiva. En el terreno afectivo sus valores serían la constancia, la serenidad, la paciencia, el equilibrio, la estabilidad. Probablemente poco expresiva, escasamente sensual, recibiría con humildad y sumisión las efusiones del poeta, y dudo de que añadiese nota personal alguna a su rica sinfonía amorosa. Eso sí, tenía una voluntad obediente a quien considerase con título para mandar, pero firme, que reaccionaba con paciente y tenaz heroísmo contra las adversidades; una conciencia estricta, rígida, sin titubeos, y su conducta sería modesta, reservada, igual, tal vez un poco seca y no demasiado atractiva. ¿Fue esta fortaleza, esta firmeza lo que buscó en ella Rubén, cual cable de amarre para establecer la conexión telúrica capaz de sostenerlo? «Francisca Sánchez, acompáñame»..., dijo, trasmutando en poesía, por magia de su arte, un nombre tan vulgar... Acaso quiso también decir: cófrtame, deja que me apoye en ti, igual que dice el niño y aun el hombre a su madre, sin darse cuenta de que ella es tan débil...

Al releer lo que llevo escrito acerca de estos dos seres, me impresiona el tremendo contraste entre ellos y también el que parecen escogidos como prototipos de las respectivas tierras que los produjeron. «Ubérrima», blanda, perezosa, abisal, Sudamérica; seca, dura, firme, ascética, Castilla... Es éste un tema que siempre me ha interesado: el hombre, producto de la tierra. Ya el viejo Gustavo Le Bon (3), espíritu tan típicamente francés—a este respecto me lo recuerda el actualmente discutido P. Teilhard de Chardin (4), hoy olvidado, a pesar de sus intuiciones hasta en materia atómica, habló de las leyes psicológicas de los pueblos; modernamente Willy Hellpach (5), profesor de la Universidad de Heidelberg, ha desarrollado el tema del alma humana bajo el influjo de tiempo, clima, suelo y paisaje, en el que asegura que el alma humana es siempre alma

(3) GUSTAVO LE BON: *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*.

(4) TEILHARD DE CHARDIN: *La place de l'homme dans la nature*.

(5) WILLY HELLPACH: *Geopsique*.

determinada por la tierra, dedicando su trabajo al gran Alejandro von Humboldt, genial pionero en tantos campos científicos. Muchos otros especialistas se han ocupado defendiendo tesis en pro y en contra sobre este asunto. Recientemente he leído un brillante ensayo de don José Antonio Maravall, pero aunque estoy completamente de acuerdo con él en que «no sería lícito basar un programa de vida común en la obligación de atenerse a la autenticidad de un carácter» y en que todo pueblo «debe buscar un conocimiento lo más objetivo y científico de esa situación para darse perfectamente cuenta de la manera y medida con que esos factores condicionan el esfuerzo para alcanzar un futuro que se persigue...», «pero que no pueden nunca aducirse para excluir unos fines que se quieren alcanzar, de la perspectiva del porvenir que un pueblo elige», no llego a comparar enteramente sus ideas sobre el «mito» de los caracteres nacionales: soy menos optimista a ese respecto. Me viene ahora a la memoria una anécdota que refiere Jung (6) en alguna de sus obras—no recuerdo en cuál y voy a citar de memoria, con toda la imprecisión que ello implica: hablando con un brujo de una tribu primitiva, éste sugería desacuerdos sobre el proceder de un gran pueblo moderno; Jung insinuó que tal vez las inmigraciones masivas a aquel país cambiarían su psicología, pero el brujo contestó convencido: «No, porque al establecerse allí otras familias, los espíritus de los muertos de aquella tierra entrarían en los cuerpos de los niños que fueran naciendo, y pronto serían iguales que los anteriores pobladores...».

Después de esta digresión, motivada por la evocación de algo que me es caro, he de volver a ocuparme de los grafismos de Rubén. Me entregan una carpeta con documentos de diferentes épocas, los primeros coincidentes en las características más arriba estudiadas, hasta que, al llegar a la fecha de 1913, se observa un brusco, espectacular cambio, que persiste e incluso se agrava de allí en adelante. Hay una notable disminución en el tamaño de las letras, una presión mucho más débil, una tendencia general al ahorro de esfuerzo, inseguridad, falta de iniciativa. Se diría un hombre envejecido, con notable menoscabo de cualidades viriles en su cerebro y en su carácter—en éste predominan ahora los rasgos infantiles, nunca ausentes en las naturalezas poéticas, el egoísmo, las oscilaciones de debilidad y violencia, la falta de aplomo en los momentos difíciles, el buscar escudarse en otro, rehuir responsabilidades; soñar sueños, lo que los franceses llaman «pescar sombras»—. Hasta aquellas barras de la t,

(6) JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Sobre el mito de los caracteres nacionales*. Revista de Occidente, año I, 2.^a ép., núm. 3. C. G. JUNG: *Transformaciones y símbolos de la libido*.

que parecían tremendas mazas, lanzadas hacia delante, se han convertido en pequeños rasgos que quedan retrasados respecto al palo. ¿Qué edad tenía Rubén cuando escribió esto? —pregunto—. «Cuarenta y tantos años» —me responden. Quedo asombrada: tal vez los médicos que lo conocieron pudieran dar explicación a todo esto que yo no puedo hacer más que constatar. Y ello me lleva a repetir aquí algo que ya se viene diciendo hace muchos años, hasta ahora con escaso éxito: que la grafología debiera ser un buen auxiliar para los médicos y los psicólogos.

Desde luego se han interesado y aun ocupado seriamente de la grafología muchos grandes médicos, psicólogos y pensadores: los nombres de Kretschmer (7), Enke, Klages (8), Schwiedland, Dr. P. Menard (9), los rusos Kornílov, M. Bekker, etc., del Instituto de Psicología Experimental de Moscú (10), y entre nosotros los Drs. Ramón Sarró, López Ibor, Escardó y otros muchos, bastarán como breve exponente de mi aserto, pero que yo sepa, hasta ahora nada de esto se ha plasmado aquí en algún centro de estudios serios y metódicos, que vayan consolidando y ampliando la base científica indudable de la grafología. Hace ya bastantes años, el Dr. Schneidemühl, profesor de Patología comparada de la Universidad de Kiel (11), decía, después de hablar del fundamento científico de la grafología y de sus métodos de investigación, que la meta deseada sólo podrá alcanzarse definitivamente cuando exista un número suficiente de jóvenes, con preparación profunda, dedicados a esta ciencia. Y más adelante afirmaba que los problemas que plantea la grafología sólo se pueden abordar con un método a la vez psicológico y fisiológico. Esperemos que gente nueva, con la formación necesaria, aplique su entusiasmo a proseguir estos estudios, que, a mi juicio, bien se lo merecen.

MARÍA FRANCISCA DE JÁUREGUI
Añastro, 3
MADRID

-
- (7) E. KRETSCHMER: *Körperbau und Charakter*.
(8) LUDWIG KLAGES: *Escritura y carácter. Problemas de grafología*.
(9) DR. P. MENARD: *L'écriture et le subconscient*.
(10) *Los problemas de la psicología moderna. Instituto de Psicología experimental de Moscú*.
(11) PROF. GEORG SCHNEIDEMÜHL: *Handschrift und Charakter*.